

A los postalistas.

("La Nación", Buenos Aires (B. A.), 10 junio 1907).

2-185-1
2-113

A LOS POSTALISTAS

(Para LA NACION)

SALAMANCA, mayo de 1907.

Ahora que la epidemia del postallismo parece que empieza á remitir un poco— ¡loado sea Dios!—es cuando voy á sermonear un poco contra ella. Tal vez por hacer las cosas á destiempo.

Y ¡cuánto me han molestado, sobre todo señoritas, con las dichas tarjetas postales! La mayor parte de ahí, de esa república Argentina.

Cada vez que recibía una me ponía de malhumor y fruncía el entrecejo; era mi primer propósito echarla al cesto de los papeles viejos sin hacer caso alguno de ella ni de su remitente; luego me asaltaba la idea de contestar con alguna dureza y hasta con alguna impertinencia, pero, por último, mi condición blanda y condescendiente acababa por rendirme y me sometía al yugo. Y es que acaso no hay gentes de voluntad más floja que cuantos estamos haciendo alarde de voluntad bravia.

He estado creyendo durante mucho tiempo que las gentes entienden las indirectas y que cuando uno al recibir una petición ridícula é impertinente tuerce el gesto, y da claras señales de su disgusto, aunque luego diga resignado: «¡bien, lo haré!» debe bastar para que el peticionario se retire. Pero en esta tierra de mendigos no sucede así sino que todo el mundo se atiene al dicho aquel de «dame pan y llámame bobo.»

Sí, tenemos alma de mendigo y de mendigo insolente. Los unos mendigan una perra chica, los otros un mendrugo de pan, éste una cruz, aquél un acta de diputado, el de más allá, un timbo en un periódico, y el de más acá mendiga la mano de una heredera rica. Y todos mendigos.

Y el coleccionista, el maldito coleccionista, á quien Dios confunda, mendiga sellos, botones de uniformes, autógrafos ó cualquier fruslería.

El coleccionismo es una de las enfermedades más ridículas y sus formas son variadísimas desde el que colecciona pipas, postales ó bastones hasta el que colecciona monedas de oro ó billetes de banco.

El hombre es el único animal que colecciona sus muertos guardándolos en los cementerios.

Le guía, sin duda, un sentimiento muy piadoso pero la tal piedad puede y suele degenerar en algo pernicioso.

Odio las colecciones. Los museos me parecen un mal pasajero. Eso de que se arranquen los cuadros del sitio para donde fueron pintados y los coloquen en fila, unos tras de otros, y como si fueran niños de hospicio, me parece un horror.

Un día me preguntaba un forastero por el museo de aquí, de Salamanca, y le contesté: «no le hay afortunadamente; lo que llaman así es un indecente almacén de un centenar de mamarrachos; aquí la ciudad misma es un museo.» Y, en efecto, los



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES



cuadros que valen, la hermosísima Concepción de Ribera, la Lapidación de San Esteban de Claudio Coello están en los sitios para donde esos pintores los pintaron.

Sería una profanación recoger los cuadros del Greco que andan por iglesias y capillas de España y formar con ellos una sala de museo. «Es que así—se me dirá—el que quiera verlos tiene que andar de la ceca á la meca.» Pues que ande y que se canse, que bien lo vale. Los museos se han hecho para los perezosos y para los que quieren estudiar arte. Y los pintores no pintaron ni para perezosos ni para estudiantes de arte. Y por mucho que se hable de la barbarie de los filisteos no es menor la barbarie de los profesionales. El mayor enemigo de una biblioteca es el bibliotecario y el enemigo mayor de la literatura es el erudito literario.

Y vamos á los postalistas y sobre todo á las postalistas.

En una ocasión uno de esos badulaques que coleccionan firmas y autógrafos de personajes renombrados se fué al viejo Mommsen, el historiador, con una postal. Y el gran hombre le soltó un bufido, es decir, le contestó desabrida y displicentemente que él no escribía para que sus escritos figuraran entre los de una bailarina, un tenor ó un ciclista á la moda. Pero el así tratado debió de reírse del viejo Mommsen y guardar entre sus autógrafos aquella severa reconvención.

Cuando en los últimos años de la gloriosa vida de Carducci caía por su cátedra algún turista, que de paso por Bolonia quería conocer á uno de sus monumentos cual era Carducci, el viejo león se amohinaba y tales cosas decía que obligaba á los curiosos impertinentes á que salieran de clase con la cabeza baja y las mejillas encendidas. Y no respetaba ni á las señoras. Y hacía bien. A su cátedra sólo podían ir los que se sintieran interesados por las materias que en ella explicaba el maestro, y eso de que fueran á oírle como se va á ver el oso blanco ó la ternera de dos cabezas, ó la bailarina á la moda irritaba, y con razón, al gran poeta.

Nada debe merecer más respeto que la soledad de los hombres, y sobre todo, no se les debe molestar con curiosidades impertinentes.

¡Y esas señoritas, Dios mío, esas señoritas! Son algunas docenas las que desde ahí me han asaltado con sus postales y peticiones de firma. «Es que aquí se le conoce y se le aprecia á usted más que en otras partes» dirá algún lector al leer lo





escrito. Y yo le digo que tengo la seguridad de que entre todas esas señoritas no hay cuatro que hayan leído una sola de mis obras. Una de ellas para demostrarme su consideración y á la vez sus habilidades caligráficas puso en torno á una hoja de papel títulos de obras mías y, en efecto, habia dos equivocados.

No, no hay tal conocimiento ni tal consideración. Lo que habia es que Mercedes tenia en su colección una tarjeta firmada por Unamuno, de quien habia oído alguna vez hablar á su padre ó á su tío, y Laura no queria ser menos y luego se enteró Elvira y después Rosita, y etc. Y ni á Mercedes, ni á Laura, ni á Elvira ni á Rosita se les da un comino de nada de lo que yo haya escrito ó pueda escribir. Y así con los demás que sean victimas de esas ridículas curiosidades femeninas.

Con nada sufre más un escritor—lo sé por experiencia propia—que con cerciorarse de que la difusión y celebridad de su nombre no va de par con el conocimiento de su obra. Apenas hay villa ó aldea de España adonde no haya llegado mi nombre, lo digo con la modestia que me caracteriza—esta preciosa fórmula la he aprendido de Sarmiento, mi maestro en tantos respectos—y sin embargo soy entre los escritores famosos hoy en España acaso el menos y peor conocido. Hablan de mí de oídas, por referencias ó por tres ó cuatro artículos de periódico.

En cierta ocasión vino por acá como propagandista de una idea fantástica un español establecido hace ya años en esa República Argentina y después de saludarme y colmarme de elogios me dijo que conocia bien mi labor y para demostrármelo hizo alusión á cierto articulejo que para ganarme unos cuartos en ocasión en que los necesitaba, escribí acerca de la isla del Perejil, islote entre España y Africa, donde dice un francés que es donde retuvo Calipso á Ulises. El tal perejil se me indigestó. Pásese usted la vida bregando por causas que estima nobles y altas, vertiendo el corazón, predicando ideales, para que luego le venga á usted un buen señor con el perejil.

No saben las señoritas de las postales cuánto daño han hecho con ellas al buen concepto que yo quiero tener de esa tierra, donde tantos y tan buenos amigos cuento. Y si alguna vez he podido excederme en la acrimonia al juzgarla, á los postalistas y sus congéneres y análogos les cabe no poca culpa en ello.

Aquí también cundió la enfermedad, pero no tanto. Porque al español y á la española se les podrá echar en cara muchas cosas y entre ellas la ramplonería, pero eso que se llama la gravedad española, y que recuerda no poco al «decorum» romano, nos impide seguir como chorlitos atolondrados esas veleidades de la moda. El español podrá ser ramplón, y muchas veces inculdo, y algunos llegarán á la grosería, pero la superficialidad esa no es planta que arraigue por acá tan fácilmente.

Y luego ¡qué tarjetas, Dios santo, qué tarjetas! ¡qué elección en ellas! ¡qué asuntos! ¡qué grabados! ¡qué marinas! ¡qué paisajes de claro de luna! Ni por





casualidad la reproducción de un cuadro famoso ó la vista de un monumento arquitectónico célebre ó el retrato de algún héroe. Viniendo de la Argentina parecía lo natural que alguna de esas postales ostentase retratos de Belgrano, ó de San Martín, ó de Güemes, ó de Paz, ó de Pueyrredón, ó de Rivadavia, ó de Sarmiento, ó de Alberdi, ó de Echeverría, ó de Andrade, ó de... qué sé yo... Pues nada de esto, ni vistas de paisajes argentinos, sino paisajitos de una cursilería perfecta ó retratos de damiselas con los ojos levantados al cielo y peinadas como las figuras de Botticelli, actrices en actitudes esculturales y toda la serie de las bellezas profesionales que se exhiben y se alquilan en el Bulevar. O figuritas de niños.

Cualquiera creería que así como los jóvenes coleccionistas de postales es natural prefieran los retratos de mujeres, las jóvenes habrían de preferir los de hombres, los tipos de belleza masculina, como el de un lord Byron, v. gr. Pues nada de esto; las señoritas que coleccionan postales parecen preferir los retratos de mujeres á los de hombres.

Lo cual no es un caso aislado. Sabido es, en efecto, que las mujeres se visten las unas para las otras y no para los hombres y que una muchacha entre la opinión de su novio y la opinión de sus amigas respecto al tocado ó al vestido opta por seguir la opinión de sus amigas. Y al teatro va Mercedes á ver cómo van vestidas Laura, Rosita ó Elvira. ¡Horror, horror, horror!

Y suelto tres horrores porque eso nos denuncia que la vanidad y la envidia son en ellas mucho más fuertes que el deseo naturalísimo de gustar al novio ó al que puede llegar á serlo; porque eso denuncia un egoísmo y una infantilidad verdaderamente aterradores.

Dios me libre de juzgar á la juventud femenina argentina por las señoritas postalistas y me complazco en creer que ha de haber muchachas serias, de ocupaciones y preocupaciones elevadas y nobles, pero no han sido una ni dos, ni una ni dos docenas, os lo digo.

«Es—me dirá alguien—que como aquí es donde principalmente escribe usted ahora, y aquí es donde ahora más se le lee, resulta naturalísimo que sea de aquí de donde ha recibido más de esas embajadas.» Vamos á ello. Cierto es que hoy creo tener en la República Argentina relativamente más lectores que en esta mi patria y cierto es que teniendo bastantes relaciones con la América toda española, de la que recibo de continuo libros, revistas, diarios y cartas, de esa sola república me llegan las dos terceras partes de ellos, pero no es menos cierto que no guarda esta proporción el número de postales señoritiles.

Dicen que las comparaciones son odiosas, pero á mí me gustan las comparaciones y me parecen muy educativas por lo mismo que irritan. Pues bien, después de la Argentina, de donde recibo más muestras de atención y respeto, es de Chile. Si los argentinos que con uno ú otro motivo se me han dirigido hasta ahora forman los dos tercios de los hispanoameri-



canos que se han puesto en relación conmigo, los chilenos forman el ochenta por ciento del tercio restante. (Todo esto lo llevo por números y bien documentado). Pues bien, mientras puedo presentar un regular manojito de peticiones postales de señoritas argentinas, no tengo ni una sola, ni una tan sólo de una señorita chilena. Y pudiera muy bien suceder que siendo poco conocidos mis escritos entre la juventud femenina de una y de otra república hermanas, no lo fueran en Chile menos que en la Argentina. No puedo decir ahora por qué pero se me figura que Chile, entre algunos defectos genuinamente españoles de que la Argentina estará más aliviada, debe de guardar algo de la gravedad nuestra y de nuestro horror á ciertas futilidades. Y sí, según he oído mil veces, la sangre de mi casta vasca entra en buena proporción en la sangre chilena, me explico mejor ese austero desdén por las modas insubstanciales.

Y si ahora algunas de las señoritas tan rudamente sermoneadas en estas líneas acierta á pasar los ojos por ellas, es fácil que me diga: «Y dígame, señor predicador cascarrabias, dígame el poco galante, dígame el muy... (aquí lo que quiera poner), ¿por qué se ha aguardado á ahora para venir con estos desplantes? ¿Tenía más si no, no habernos hecho caso? Si nos contestó, y accedió á nuestro ruego, ¿á qué viene echárnoslo en cara? Y si lo cree censurable, ¿por qué nos contestó? Vamos, ¡qué bien debieron de halagar su vanidad de escritor nuestras postales!...»

Le interrumpo aquí para decirle: Muy señorita mía: yo, que parezco cuando escribo un puerco espín enfermo del hígado, soy un santo varón que no sabe negar nada á nadie y que procura contentar á cada uno, salvo desahogarse luego contra todas. Y además, si no hubiera contestado á usted y á sus amiguitas y compañeras, no tendría ahora derecho á decirles lo que les digo. Y he esperado á que la enfermedad vaya desapareciendo para decir todo esto. Y lo he esperado porque esa manía de coleccionar postales y autógrafos me parece que no es sino un síntoma de una enfermedad más grave, una localización de ella, y cuando el postalismo desaparezca aparecerá otra manía igualmente fútil. Y no es, mi desconocida amigueta, que yo trate de ensombrecerle á usted la vida ni de que usted se meta en un convento, ni de que se ponga á estudiar á Kant, ni de que se eche á propagandista de socialismo—lo cual no estaría mal tampoco,—sino sencillamente de que llene su vida con cuidados y ocupaciones un poco más substanciosos y de que piense que de usted depende en gran parte la constitución de la patria. Y como de esto hemos de hablar todavía más de una vez, si á usted le parece, lo dejaremos por hoy, y haciéndole una muy profunda reverencia, se le despide su afectísimo

MIGUEL DE UNAMUNO,

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USALES